

“Imaginaciones”

1º ESOB. Autor: Inés González-Rey Puig

PREMIO LETRAS DE BABEL 2018

IX CERTÁMEN LITERARIO “LETRAS DE BABEL”

IMAGINACIONES

INÉS GONZÁLEZ-REY PUIG 1º B

[PREMIO LETRAS DE BABEL 2018]

Desde tu muerte todo se ha vuelto más complicado. Papá tuvo que buscar un nuevo empleo para mantenernos. Gana más dinero, pero odia su nuevo trabajo. Pasa mucho más tiempo trabajando que con nosotros. Desde entonces, Will es el que ha cuidado de mí. Papá dice que su nuevo trabajo no está mal, pero se nota que no es cierto. Cada día lo veo más deprimido, más frustrado, con menos ganas de seguir adelante.

Papá ya no duerme, solo piensa en ti. Muchas noches, al volver de trabajar, se hace la cena, se da una ducha y se va a leer a su habitación. Cuando cree que estamos dormidos, saca una caja de debajo de su cama. Dentro guarda fotos tuyas, de vosotros, de nosotros, de cuando estabas viva. Ya están muy degradadas, no por el paso de los años, sino por las lágrimas que las humedecen cada noche. En la caja también guarda un peluche. Sí, aquel osito con el que grabastéis vuestra canción favorita, aquella que sonaba la noche que os conocisteis. Todas las noches, a las dos menos ocho minutos, tira de la cuerda y escucha esa canción que tanto os gustaba; a la hora exacta en la que bailasteis juntos por primera vez hace más de veinte años. Se sigue acordando de la letra. La canta entre lágrimas, bailando solo, imaginando que tú estás entre sus brazos.

Will ya está en la universidad. Está estudiando medicina. Cuando acabe la carrera quiere trabajar como doctor en el hospital donde pronunciaste tus últimas palabras, donde diste tu último suspiro, donde derramaste tu última lágrima. Will sufrió mucho con tu muerte. No quiere que nadie sienta en soledad esa tristeza tan profunda que a él le desgarró el alma. Le gustaría que nadie tuviese que escuchar el pitido que indica que esa persona a la que quieres tanto ya no volverá. Desea salvar a todas esas personas que, como tú, sufrieron un accidente de tráfico, o cualquier otro estúpido accidente que les haya arrebatado la vida. Quiere entrar en la sala, donde esperan angustiados los familiares y amigos de sus pacientes, para decirles que todo va a salir bien, que pronto volverán a ver a su ser querido.

Yo no entiendo por qué están tan tristes. Yo no lo estoy. Sé que sigues aquí, no en forma humana, pero aquí, conmigo. Sé que no me puedes abrazar ni acariciarme el cabello como hacías antes, pero aún no te he perdido del todo. Te siento aquí, de una forma inexplicable, protegiéndome de los peligros del mundo, como un ángel de la guarda. Y aunque no pueda tocarte, tú y yo seguimos teniendo esas conversaciones que papá y Will tanto añoran. Son fantásticas.

Una vez le pregunté a papá si también te veía. Al principio no le dio mucha importancia a la pregunta, pero se fue dando cuenta de

que yo seguía hablando contigo o, como él dice, “sola”. Desde ese momento, su preocupación fue en aumento.

Un día, de vuelta del colegio, papá me dijo que me sentara en el sofá. Él se sentó a mi lado y me preguntó por qué hablaba sola. Yo le respondí que no lo hacía, que hablaba contigo. Él se acercó más y me miró fijamente a los ojos. Al no entender mi respuesta me lo volvió a preguntar. Yo le contesté lo mismo. Entonces, tuvimos aquella conversación:

-Samanta, mamá ya no está con nosotros, es imposible que hables con ella.

-No es imposible, yo lo hago.

-Sam, cariño, sé que la muerte de mamá es insoportable, de verdad que lo sé. Es normal que la eches de menos, yo también lo hago. Pero que imagines que sigues hablando con ella me preocupa mucho.

-Pero, yo no me la imagino; ella está aquí, nunca ha dejado de estarlo.

-Está bien. No quería llegar a este punto, pero veo que es necesario. Mañana, al salir del colegio, espérame, pasaré a recogerte.

-¿Por qué?

-Mañana te lo explicaré, ahora vete a la cama.

Al día siguiente, papá me llevó al psicólogo. Desde ese día fui todos los miércoles. La doctora Cooper me preguntó con cuánta

frecuencia te veía, de qué hablábamos y más cosas sobre ti. Después de cada sesión, yo esperaba en la consulta y la doctora Cooper salía a hablar con papá.

Transcurridos unos meses de tratamiento, la doctora empezó a abandonar la consulta con cara de preocupación. Desconocía la razón hasta que, un miércoles, falté a la sesión de terapia. Papá me vino a buscar al colegio y me dijo que no íbamos a ir a la consulta de la doctora Cooper, que íbamos a otro sitio. Entonces, derramó una lágrima y empezó a hablar.

-Sam, ¿sabes por qué la doctora Cooper está tan preocupada?

-No, pero supongo que tú sí lo sabes.

-Te llevé a las sesiones de terapia para que dejaras de imaginarte a mamá, pero has empeorado.

-¿A qué te refieres con eso?

-A que ahora “ves” mucho más a mamá y hablas “con ella” más que nunca.

-Ya te lo he dicho, ella sigue aquí realmente.

-Verás, Sam, los casos en los que alguien se imagina la presencia de un pariente recién fallecido son frecuentes, pero con ayuda psicológica, la mayoría lo acaban superando.

-¿Y qué pasa con los que no?

-Estas personas, por su seguridad, son trasladadas a un lugar horrible. Allí son retenidos en habitaciones cerradas y son medicados con pastillas. Piénsatelo bien.

-¿Es allí adonde me llevas?

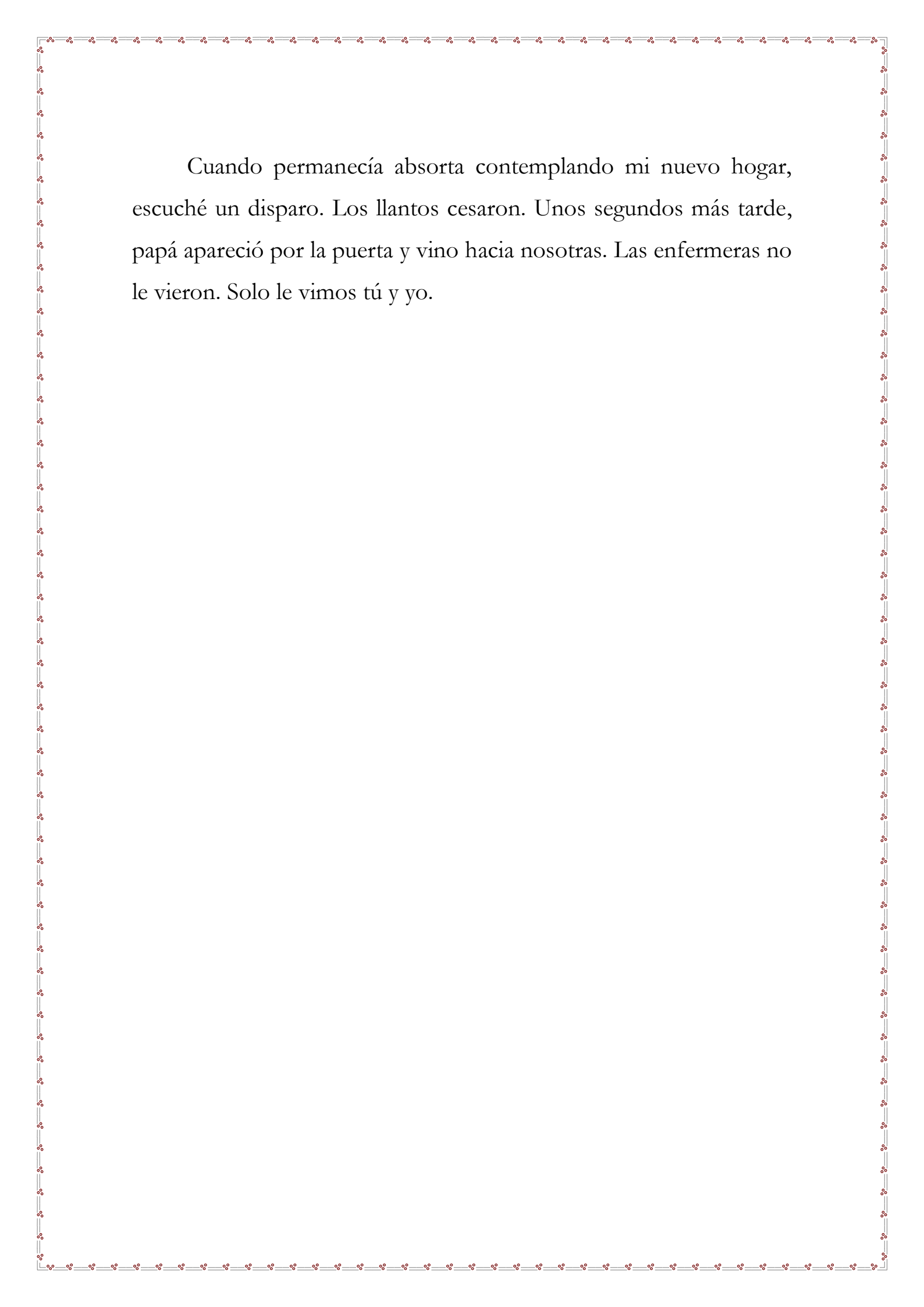
-Lo siento cariño. Es por la seguridad de todos.

-No te preocupes más, sé que todo lo que haces es por mí y por Will.

Durante el resto del trayecto ninguno de los dos dijimos nada. Papá intentaba contener las lágrimas, pero no era capaz de hacerlo. Yo, en cambio, iba tranquila. Sabía que, aunque me encerrasen sola en una habitación, tú seguirías estando conmigo.

“Hospital Estatal Austin”. Lo leí en un gran letrero colocado encima de la puerta de entrada. Lo leí en los papeles que, bajo el brazo, portaba un médico. Yo sabía qué era ese lugar. Era el hospital psiquiátrico de Texas. Ya era oficial, mi propio padre me consideraba una loca que debía estar encerrada. No me enfadé con él, ya que no era el único.

Dos enfermeras se nos acercaron. Hablaron en voz baja con mi padre. Después, me cogieron de la mano y me condujeron por un pasillo interminable. A mis espaldas se oía un llanto inconsolable. Yo sabía perfectamente que era papá. Reconozco bien su llanto después de tantas noches llorando por ti. Intenté girarme para verlo una última vez, pero las enfermeras tiraron de mí. Se detuvieron en la sala número 43. Ese iba a ser nuestro hogar para el resto de mi vida. La observé sorprendida, era totalmente blanca. Tenía cuatro paredes blancas y en la esquina del fondo, a la izquierda, había una cama. La cama también era blanca, con sábanas, colcha y almohada blancas. La habitación se iluminaba a través de una pequeña ventana, muy alta, con barrotes.



Cuando permanecía absorta contemplando mi nuevo hogar, escuché un disparo. Los llantos cesaron. Unos segundos más tarde, papá apareció por la puerta y vino hacia nosotras. Las enfermeras no le vieron. Solo le vimos tú y yo.